



CONFERENCIAS

LENGUA Y POLÍTICA: LOS ESCRITORES Y LA PROPAGANDA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Joaquín Álvarez Barrientos
Consejo Superior de Investigaciones Científicas - Madrid

*Lo trágico de la guerra es que echa mano de lo mejor del hombre
para emplearlo en lo peor de las obras humanas: destruir.*
Ralph Waldo Emerson

Manipular conscientemente las opiniones de la masa, del público, del “pueblo”, es sin duda acción de gran importancia en las sociedades, pues se trata de trabajar con las percepciones de la realidad de los individuos para cambiarlas y de hacerlo desde el “lenguaje de la verdad”. En la época de la Guerra de la Independencia fue labor y responsabilidad sobre todo de los hombres de letras, que, controlando hábitos y pensamientos, se convertían en gobiernos en la sombra. Esta manipulación se hizo y se hace mediante la propaganda, que se dirige tanto a individuos como a grupos. Para conformar la respuesta que se desea, se atiende de forma especial al sentimiento y a la emoción, básicamente porque el grupo no piensa, sino que tiene impulsos, hábitos y rutinas. El propagandista, por tanto, debe conocer todo eso, el entorno y el receptor al que se dirige para incidir sobre aquellos estímulos o resortes que producirán la respuesta deseada.

Ante la invasión francesa, los hombres de letras de la época se encontraron con la novedad, y la necesidad, de convertir a los súbditos en guerreros y al público en general en consumidor de noticias acerca de la Guerra, lo que implicaba, además de tener unos objetivos definidos, conocer sus opiniones, creencias y prejuicios, para apelar a ellos, más que a la razón. A juzgar por los resultados, los implicados hicieron bien su trabajo, sobre todo los del lado patriota. Está claro que estas manipulaciones existen desde siempre, pero, a este respecto, lo que diferencia desde el siglo XVIII es que la propaganda se convierte en algo intrínseco a la política, algo sistémico.

Los recursos más frecuentes fueron la apelación a los sentimientos, como se acaba de señalar, y el análisis de los hechos, pero sobre todo lo primero, que se vinculaba con una interpretación y valoración del pasado en clave nacional. Apelar a los sentimientos fijaba en los receptores detalles y emociones que se convertían en razones para defender a la patria, de manera que lo emocional se volvía argumento o creencia (mecanismo mental que funciona de forma continuada en el teatro y en el cine, por ejemplo). Analizar o interpretar



hechos, noticias y rumores –y la difusión de rumores es siempre muy importante en política, en las contiendas bélicas y para conseguir efectos sobre el estado de ánimo de la población– servía para frenar otras posibles aproximaciones al control de la opinión pública.¹

Por tanto, el propagandista apela a la bondad de la causa que defiende, que presenta como si fuera evidente y obvia, de modo que traiciona toda posibilidad de equilibrio, justeza y matización, pues se abroga la posesión de la verdad frente al enemigo, cuyo único capital es el de la mentira. El bagaje del propagandista es su prestigio –cuando es autor conocido o supuesto–, los prejuicios de los otros y los símbolos de los que colgamos nuestras creencias y opiniones, pero sobre todo debe conocer cómo funcionan las emociones del grupo; requisito necesario para construir la personalidad política de los individuos, para acabar convirtiendo al pueblo –una de las palabras más repetidas en la época– en sujeto político.

Pero, además, debe tener el propagandista recursos retóricos para persuadir de forma fácil y rápida. En mayor o menor medida se aprecia en autores como Manuel José Quintana e Isidoro de Antillón, por ejemplo, el conocimiento de la *Retórica* de Aristóteles, de los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola y de *El príncipe* de Maquiavelo: arte de decir y exponer, capacidad para interiorizar y utilizar las armas necesarias para movilizar a los otros y defender cualquier opción.

Ahora bien, ¿estos agitadores formaban un cuerpo o equipo? ¿Existía en los ejércitos y en los gobiernos un departamento dedicado a la propaganda? En el bando francés, sí. De hecho, cuando José I entra en España ha aprendido la lección de su hermano Napoleón, que antes de invadir cualquier territorio (y lo mismo se hizo en España) lo cubría de pasquines, folletos y demás papeles dirigidos a cambiar el rechazo de la opinión pública. Uno de los primeros intereses, antes de tomar Zaragoza, Madrid, Barcelona y otras ciudades, era hacerse con una imprenta desde la que poder lanzar la campaña de propaganda y desinformación (para utilizar la terminología actual). Estos papeles aparecían clandestinos sin pie de imprenta hasta el momento en que entraban en la ciudad y se hacían con los periódicos; entonces lanzaban desde ellos las consignas.²

En los bandos servil y liberal no parece que existiera ese gabinete de propaganda, pero, a la vista de la uniformidad de ideas y de campañas, sí parece que, al menos, determinados escritores y periodistas se pusieran de acuerdo a la hora de escribir. Aunque también esa comunidad de ideas y opiniones podía venir motivada por la dinámica de los hechos.

1 Sobre el rumor, véase Rouquette (1975), Kapferer (1987) y Reumaux (1998).

2 Aspectos que se tratan en estas páginas están mas desarrollados en Álvarez Barrientos (2008a, 2009a y 2009b) De las múltiples formas en que se puede realizar la propaganda, solo se tiene en cuenta ahora la escrita.



Se puede pensar que los textos no se difundían demasiado, puesto que el porcentaje de lectores no era muy alto, pero esto es un error. No solo hay que tener en cuenta que la lectura se hacía en grupo, sino que, además, los niveles de alfabetización son distintos: uno sabe firmar, otro sabe leer un periódico o una carta familiar, otro puede leer a los clásicos y pocos adentrarse en los textos de filosofía, como hoy. Por eso, la insistencia en la propaganda escrita, porque, a pesar de lo que pueda parecer, no necesitaba de gran preparación intelectual. Más, tal vez, era necesaria para comprender una estampa o una caricatura. Tenemos testimonios de cómo estos folletos llegaban hasta los lugares más recónditos de la población y de cómo se atendía al modo, al estilo en que se escribían y al efecto que producían.³ Los periódicos fueron, evidentemente, un instrumento importante para manipular la opinión, como sucedía desde el siglo XVIII. Por eso, Napoleón aconsejó a su hermano que se hiciera con las cabeceras de todos los que pudiera y ampliara la tirada del *Diario de Madrid*, por ejemplo.⁴

Puede extrañar, quizá, que en un país con censura e Inquisición, acostumbrado a silenciar la opinión en público, durante la Guerra se escribiera y publicara, y que las opiniones a favor o en contra de los distintos modelos de Estado que se proponían generaran tanto debate. Sin embargo, el silencio no podía ser una respuesta a la acción, precisamente porque se venía de una época de censura (no se olvide que el 10 de noviembre de 1810 se decretaba libertad de imprenta, a la que no se podía renunciar, aunque en muchos sentidos el decreto lo que hizo fue regular y controlar una realidad que ya existía). El silencio no fue respuesta precisamente por esta razón, que expone Alcalá Galiano en sus *Memorias*, cuando se refiere a los grupos de escritores que había en la Corte en los años anteriores al conflicto bélico. Señala la tertulia de Moratín, Estala y Melón, al servicio del Príncipe de la Paz y posteriormente afrancesados; y la de Quintana, liberal, cuya oposición al gobierno se manifestaba “en expresivo silencio, sobre todo en punto a abstenerse del elogio” (1955: 314-315). Esa retórica del silencio, de la reserva, desaparece en los años de la Guerra para que las prensas suden miles de folletos en pro y en contra;

3 Hay muchos ejemplos de esta penetración de la propaganda. He aquí algunos: “También había en Madrid copias de la proclama que había hecho a su cuerpo y gente que se agregó el sargento mayor de los zapadores, la cual estaba muy enérgica para enseñar a todos a vengarse de los franceses, a quienes designaba con los nombres y epítetos más horribles e infames [...]. También andaba por Madrid impresa una carta que Fernando VII había enviado a los asturianos, muy sencilla y muy tierna, y la declaración de guerra a la Francia por aquella provincia, la cual estaba sencilla, tierna y sumamente enérgica [...]. En fin, toda España, todos los pueblos, toda la gente ardía en deseos de venganza, y las proclamas que los generales publicaban y luego se extendían, valientes, enérgicas, nobles, aumentaban el entusiasmo y el furor en el corazón de todos los españoles [...]. Uno de los medios que tomaron las Juntas de Gobierno de las provincias fue publicar gacetas ministeriales que desacreditaban cuanto se imprimía en Madrid y todas las operaciones de los franceses, con las razones más sólidas, enérgicas y precisas, y todos estos papeles circulaban por toda la nación [...] y leyóse también la proclama de Sevilla a los andaluces, después de la victoria contra Dupont, que estaba bellísima y enérgica”; tomados de Pérez (2008: 104, 107, 108, 114, 130).

4 Del mismo modo que empleaba la prensa para controlar la opinión, Bonaparte la censuraba cuando le convenía, y así, en 1808, cuando comienza a tener problemas en España, prohíbe que los periódicos franceses den noticias al respecto, y en 1811 los suprime temporalmente en París; Pizarroso Quintero (1990: 121).



catecismos civiles y políticos; hojas volanderas, cartas trasladando rumores; pliegos de cordel, aleluyas; periódicos de uno y otro signo; diccionarios, preservativos, poemas y obras de teatro.⁵

Por haber pasado una larga temporada de control de la opinión, casi ningún escritor se calló y dio a las prensas sus opiniones; se valieron de la palabra para intentar explicar lo que pasaba. Y lo que sucedía era que se desmoronaba un orden, una manera de ver el mundo y, en consecuencia, su lenguaje, algo que se percibe también en la Europa de entonces.⁶ Se asistía a la ruina de la palabra, como fenómeno asociado a la incapacidad para expresar el modo en que se borraba la evidencia de la vida.

Por otro lado, los hombres de letras y los gobernantes comprendieron que el lenguaje sometía, que era ideológico, además de un instrumento de comunicación, y eso llevó a muchos durante la Guerra de la Independencia a la propaganda bélica, a la escritura de obras que exaltaban la violencia y los actos heroicos, la nación y la patria, la acción frente a la palabra, la defensa del territorio, la independencia y los valores que estaban detrás de cada idea de España (ya fuera la liberal, la afrancesada o la tradicionalista). Pero en estos textos a menudo se cuestiona el valor del lenguaje como medio de conocimiento (ya que se encuentran ante una experiencia de cambio y ante el hecho de defender verdades previas que no se cuestionan) y, al mismo tiempo, se propone un lenguaje nuevo, más acorde con la época y con las nuevas experiencias políticas e ideológicas a las que hay que dar nombre. Por eso, la crítica de neologismos, galicismos y palabras que se ven como nuevas (y que lo eran), por ejemplo en el ámbito del liberalismo, no era solo una crítica filológica, sino que era la crítica de los valores que esos términos implicaban, del modo de propagarlos y de la organización del mundo que proponían. Esa crítica abría la dimensión política de la filología porque las palabras y su uso están ligados a una organización política y social, son, seguramente, esa organización. Si se suele pensar que la lengua transmite una esencia espiritual nacional que identifica a quienes la emplean, la crítica de esos conceptos supone la defensa de un modelo nacional implícito en ella.

Los escritores vincularon guerra y lenguaje, y dieron pie a una serie de campos semánticos relativos a la exaltación de valores patrióticos y bélicos, a la descripción de batallas, que familiarizaban a la población con el mundo militar, de modo que, durante los años del conflicto, prácticamente desaparece la poesía lírica en beneficio del tono épico, y el teatro se centra en personajes y episodios vinculados con la guerra, lo mismo que la novela. La guerra, por tanto, se adueña del espacio público, del campo literario y de la creatividad de los autores, de la crítica y de los periódicos, que exaltan y divulgan noticias y opiniones,

5 Véase Diego (2007), donde repasa manifestaciones propagandísticas en literatura, música y estampas. Para un recorrido sobre las "construcciones" de la Guerra, Álvarez Barrientos (2008b).

6 Y que ha estudiado para los momentos anteriores a los inicios de la Primera y Segunda Guerra Mundiales, de manera muy especial en los escritores del ámbito austro húngaro, Kovacsics (2007).



de modo que los escritores se convierten en soldados de la pluma, mientras la literatura se vuelve instrumento para la propaganda de verdades forjadas por un discurso externo a ella. En otro plano, pero siguiendo la línea impuesta por la modernidad dieciochesca, los escritores hablan del presente, de lo que sucede alrededor –que es la guerra–, y se olvidan de reproducir o inspirarse en asuntos del pasado y de la tradición literaria, si no es para servirse de ellos como exaltadores del presente heroico.

Por tanto, para legitimar el levantamiento y animar a la batalla contra los franceses, se utilizaron las victorias antiguas y así se encuentran alusiones que vinculan la Guerra con el enfrentamiento contra árabes y romanos, estrategia que unía y en la que destaca el componente religioso y xenófobo de la defensa nacional. Elementos que se suelen hacer pasar por exclusivos de los defensores españoles, pero que están presentes en casi todos los enfrentamientos. Son esas victorias, esos momentos de unidad, los que se presentan como testimonio de una identidad previa esencial que hay que preservar, en la que hay que mirarse e inspirarse para vencer al enemigo, identidad que se conforma por refracción a una fuerza exterior. Ilustrativas, en este sentido, son las *Glorias militares de los españoles, desde la más remota antigüedad hasta el presente*, del padre mercedario Pedro de San Juan, a las que “se añaden las victorias de este año de 1808 contra los franceses”. Estas glorias ejemplifican el carácter español, que es bélico, religioso y valiente.

Aunque no de la forma organizada en que se llegó a estar en conflictos posteriores, a la hora de hablar del presente se recrearon batallas y hazañas de personajes a los que se engrandeció y elevó a la condición de seres míticos. Es mucho de lo sucedido con los generales Palafox y Castaños y con la defensa de Zaragoza, por ejemplo. Estas obras aumentaban el prestigio de los protagonistas, pero también el del ejército, de manera que se minara la moral de los enemigos y se apuntalara la de los españoles contrarios a Napoleón. Trabajos como estos ponen en contacto dos fenómenos importantes de la época: uno, el ya señalado acerca de la emergencia de la propaganda como instrumento; otro, el culto a los grandes hombres, que tanta utilidad tuvo en el siglo XIX para conformar la imagen del artista y del político y las actitudes del público. Al mismo tiempo, estas obras idealizaban la guerra, convertían al soldado en guerrero y al pueblo en protagonista de sus destinos, al exaltar su actuación.

Aunque se suele tener habitualmente la propaganda como una de las consecuencias negativas de sociedades y democracias, lo cierto es que la propaganda, y también la propaganda de guerra, nos acompaña a lo largo de la Historia, y que no necesariamente tiene que ser mala, ni su empleo torticero. La propaganda también enseña o debe enseñar que las cosas cambian y pueden y deben progresar, y ha de crear el escenario receptivo a esa posibilidad. Dos liberales, Isidoro de Antillón y Manuel José Quintana, desde la prensa los dos y desde las proclamas de la Junta Central el último, dieron ejemplo de flexibilidad a



la hora de adaptar sus discursos y sus tonos a los públicos diferentes a los que se dirigían y de uso de la propaganda en sentido didáctico progresista, pues apoyaron una España constitucional, a la que correspondía un modelo de ciudadano que heredaba lo mejor de la Ilustración. Manifiestos y proclamas que eran un nuevo tipo de literatura en España, surgido al calor de la guerra, pero también del cambio ideológico que se da con ella. Antes no eran necesarios; había bandos y órdenes pero no esta clase de textos que apelan al ciudadano, hasta entonces principalmente súbdito. Al quedar vacía la jefatura de la nación se creó la Junta Central, y desde ella se lanzaron numerosos papeles a “la nación española”, labor de propaganda tendente a construir tanto una imagen de la nación futura como del tipo de receptor, de pueblo, que se quería. La Junta lo representaba y a él se dirigía para animarle, para informarle de las victorias y de los proyectos. La escritura de Quintana es siempre política, su posición es la del liberal que escribe a sus iguales liberales, ya que así los considera: ciudadanos, pueblo libre unido por el cumplimiento de las leyes.

En este sentido es ilustrativa la proclama de “La Junta Suprema del reino a la nación española” del 11 de noviembre de 1808, porque, en tanto que representante del pueblo, es el pueblo quien se habla a sí mismo, y lo hace en un tono adecuado para ganarse su aceptación y benevolencia. El texto emplea un nuevo lenguaje, ágil, emocional, bueno en la tonalidad y en el ritmo, que apela a los sentimientos de patria y libertad, de justicia y moderación, necesarios para crear un buen cauce de comunicación entre el pueblo y sus representantes, que hacen depender la creación de la nueva estructura política de ellos, “del voto de la opinión pública”. El pueblo español es un pueblo ejemplar:

Esta concurrencia de voluntades hacia el bien, este desprendimiento general con que las Provincias han confiado a otras manos su autoridad y poderío, ha sido, Españoles, vuestra mayor hazaña, vuestra mejor victoria. La edad presente, que os contempla, y la posteridad a quien serviréis de admiración y de estudio, encontrarán en esta obra la prueba más convincente de vuestra moderación y prudencia (1898: 7).

En esta arenga fundacional en la que se señala que la Guerra es una ocasión única, una perspectiva “hermosa de gloria y de fortuna” para hacer un país nuevo y mejor, se presenta desde el principio el tipo de Estado que se desea, siempre en esa manera emocional y mesiánica, propia de quienes están designados para salvar a la patria: el modelo es una “Monarquía sobre bases sólidas y duraderas [...], leyes fundamentales, benéficas, amigas del orden, enfrenadoras del poder arbitrario”; una constitución, las reformas necesarias para que los códigos civil, criminal y mercantil, así como la educación, contribuyan al objetivo de felicidad pública. Todo ello convierte “a la revolución española” en



algo que “tendrá de este modo caracteres enteramente diversos de los que han visto en la francesa” (Quintana, 1898: 11-13). Con lo que se establecen las distancias necesarias con un fenómeno que a muchos atemorizaba, pero que estaba en la mente de todos como desencadenante y como posible desenlace. De este modo se señalaba que la española era una revolución constructiva, para crear una nueva España.

Quintana, con pluma vigorosa, explica al pueblo el sentido de la Guerra, lo que ésta significa como oportunidad para construir algo nuevo. Lo hace, además, elaborando un tipo de receptor que es un modelo ideal de ciudadano que puede identificarse con lo que se le presenta como *desiderátum*. Es un discurso de redescubrimiento de la nueva condición del individuo en relación con su patria:

Nada es la independencia política sin la felicidad y seguridad interior. Volved los ojos al tiempo en que vejados, opresos y envilecidos, desconociendo vuestra propia fuerza, y no hallando asilo contra vuestros males ni en las leyes, teníais por menos odiosa la dominación extranjera, que la arbitrariedad mortífera que interiormente os consumía. Bastante ha durado en España, por desgracia nuestra, el imperio de una voluntad siempre caprichosa y las más veces injusta; bastante se ha abusado de vuestra paciencia, de vuestro amor al orden y de vuestra lealtad generosa. Tiempo es ya de que empiece a mandar la voz sola de la ley fundada en la utilidad general [...]. La Patria, Españoles, no debe ser ya un nombre vago para vosotros: debe significar en vuestros oídos y en vuestro corazón el santuario de las leyes y de las costumbres, el campo de los talentos y la recompensa de las virtudes (1898: 11).

Ideas similares había escrito antes en los periódicos, con igual brío, agilidad y capacidad de convicción, con el objetivo de señalar que el momento bélico, la revolución, era la oportunidad de fundar un Estado y una patria nuevos sobre la base de unas leyes moderadas, libremente discutidas y aceptadas.

En la campaña de propaganda para poner a la opinión pública a favor de las ideas liberales Isidoro de Antillón -de la tertulia de Quintana- fue otro de los que más y mejor manejaron los instrumentos que tenían a mano.⁷ Muestra de su éxito fue que sus escritos se publicaban en diferentes periódicos o incluso de forma exenta, y consecuencia del impacto que tenían sobre el público fue el intento de asesinato en 1813 por parte de diputados serviles, que a la larga precipitó su muerte. Antillón, como otros, tenía conciencia de la importancia de lo que hacía y, por tanto, de la conveniencia de no perder el tiempo en la labor de educar a los lectores, por eso “teorizó” sobre ella y pidió a sus colegas, por ejemplo, en *Cuatro verdades útiles a la nación*, que no emplearan la pluma en objetivos

7 Sobre la figura de Antillón desde esta perspectiva, se puede ver Álvarez Barrientos (2012).



intrascendentes, sino en politizar a los lectores; es decir, en contribuir a que descubrieran su condición de sujetos políticos. Aunaba gran cultura clásica y científica, histórica y política y un estilo literario que sabía pasar de la exposición contenida y objetiva al relato sensible y empático, para acercar los conceptos y razonamientos de una forma emocional. Tuvo también gran capacidad para crear consignas que condensaban el pensamiento; así, por ejemplo, la que alude a la condición de ciudadano, que tiene que ver con aquella de Argüelles: “Españoles, ya tenéis patria”. Me refiero a frases como: “Ya soy ciudadano español; ya soy hombre libre; ya no reconozco más imperio que el de la ley para juzgar y ser juzgado”, que publicó en la *Aurora Patriótica Mallorquina* (1812: 413), tras jurar la Constitución.

Más arriba me referí a cómo uno de los objetivos de la propaganda liberal fue la construcción del modelo de ciudadano. Antillón también contribuyó a ello en sus artículos, pero de forma muy especial con el folleto -varias veces editado- que dedicó a Melchor Gaspar de Jovellanos tras su muerte. Aprovechó el hecho luctuoso para reivindicar su figura en tanto que representante modélico de los valores del liberalismo y para promocionar la nueva España, que había de ser mejor y más justa si se seguían los postulados de la libertad y de la virtud asumidos por el prócer mártir, que aglutina las virtudes liberales y es presentado, por tanto, como espejo de civilidad.

Así, Jovellanos es “esclarecido ciudadano” virtuoso que deja “un modelo perfecto de conducta [...] a los hombres de bien”, que, además, son “patriotas”. El modelo de conducta ilustrado que era el hombre de bien, que fue Jovellanos, adquiere en sus páginas un componente político inexcusable que lo actualiza, al tiempo que da nuevo sentido a conceptos como el de virtud en la línea del republicanismo romano, que es referente de valores ilustrados. De este modo, en el asturiano valora

su utilidad y entrega, la rectitud de corazón más inflexible y sostenida; la severidad de principios austeros en la vida pública y privada, enlazados con la dulzura, con la tolerancia y con todas las cualidades más afectuosas del hombre social, y la vasta y sólida instrucción, inseparable de un celo activo y de un ardor inextinguible para aplicarla a la mejora, necesidades e ilustración de sus conciudadanos (Antillón, 1994: 83-84).

Los escritores dieron sentido a la Guerra y la interpretaron. En el caso de los liberales, como se ha visto someramente, el mensaje se dirigió a explicarla como la oportunidad de instalar una nueva España más justa y protectora de los derechos de sus ciudadanos. En este proceso de emancipación, el recuerdo de los atentados contra la libertad que habían sufrido los mártires de la libertad da mucho juego a las plumas ágiles de



personajes como Jovellanos, Quintana y Antillón. Éste no desdeña la posibilidad de crear una emoción que al lector le impulse a demandar una ley que proteja a los individuos de los abusos del poder. Aludió a ello en sus noticias sobre Jovellanos -que los había padecido-, pero ya antes, en 1811, escribió “sobre la necesidad de asegurar con leyes eficaces la libertad del ciudadano contra los atropellamientos de la fuerza armada”.

Se trata de una “Carta” dirigida a Quintana, y publicada en varios sitios, en la que reivindica un Estado seguro, que solo puede serlo si los ciudadanos están defendidos por leyes que garanticen su libertad civil y personal frente al “poder tiránico y arbitrario”, que tiene en sus manos la posibilidad de mandar “las violencias de la fuerza militar” contra ellos. De modo en cierta forma profético, por lo que fue su desenlace vital y el de muchos otros que le acompañaron en el propósito de cambiar a España, pero recordando también los atropellos que sufrió Jovellanos, reclama

una ley pronta y general acerca de la seguridad personal del ciudadano [...]. Mientras que no quede exclusivamente sometido a las leyes y a las fórmulas de un juicio, mientras pueda arrancarle de su lecho una compañía de granaderos con un simple mandato de su jefe, mientras sus primeras defensas contra la tiranía que le atropella hayan de formarse en el calabozo o en el destierro, ¿cómo podrá decir que es libre? (Antillón, 1811: 4).

Junto a este tipo de actuaciones periodísticas, durante la Guerra de la Independencia hubo un momento destacado en la historia de la propaganda bélica española. Me refiero al concurso nacional por los Sitios de Zaragoza. Como se sabe, la ciudad sufrió dos asedios y varios ataques hasta que en 1809 claudicó. La defensa de la ciudad había sido heroica y significó el desdoro, el fracaso y la pérdida de prestigio del ejército francés. La Junta Central tuvo la intuición de convertir la derrota en emblema de la unidad y resistencia patrias y así, por mediación de Quintana, convocó un premio poético y otro de oratoria que dieran cuenta de cómo Zaragoza rendida era ejemplo del “espíritu público”. El matiz que incorpora Quintana en la justificación del decreto es importante porque no apunta solo al aspecto heroico y militar como necesario para salvar a la nación, sino que destaca también las “virtudes cívicas” o civiles, necesarias en ese momento tormentoso que atraviesa España. La acción de los aragoneses es, por tanto, “preciosa a los ojos de la virtud y del patriotismo”, aunque se haya rendido la plaza, pues “los servicios hechos a la patria deben regularse más por el valor y por los sacrificios que por el éxito”.⁸

⁸ Decreto redactado por Quintana con fecha de 9 en el Real Alcázar de Sevilla, publicado en el *Suplemento a la Gaceta del Gobierno* del 10 de marzo de 1809. Cito por “Zaragoza rendida”, Quintana (1898: 17 y 19).



La Junta pidió la implicación de los escritores en la Guerra y, si ya lo estaban, este fue el momento de mayor visibilidad; el concurso los representó en pie de guerra, reclutados y movilizados para promover el sentimiento de unidad nacional frente a las tropas invasoras. La defensa de la ciudad significó, lo mismo que el 2 de mayo madrileño, la consagración del pueblo, pues en ella participaron desde mujeres y niños, a religiosos y militares. Así, el punto XIII del decreto señala:

Que se excite a los poetas y oradores españoles a ejercitar sus talentos en un asunto tan sublime, y se ofrezca a nombre de la Nación un premio de una medalla de oro y cien doblones al que presente el mejor poema y otro igual al que escriba el discurso más bien trabajado sobre este sitio inmortal; llevándose por objeto en una y otra obra no solo recomendar a la memoria y admiración del siglo presente y de la posteridad el valor, la constancia y patriotismo de Zaragoza, sino inflamar con la mayor vehemencia el entusiasmo nacional y llenar los corazones españoles del mismo amor a la libertad y del mismo horror a la tiranía (1898: 20- 21).

Se presentaron numerosos autores, conocidos y desconocidos, pero los textos, de dispar valor literario, se acogen a las características señaladas más arriba y muestran la unidad que había frente al francés (o al menos muestran esa sensación de unidad), que se apoya en el recurso a las grandes resistencias españolas del pasado y al carácter nacional, que ha dado señales de su condición en esa derrota. El final del concurso no fue todo lo lustroso que hubiera sido de desear: quedó desierto por las intrigas de algunos escritores y de los jueces.⁹ En todo caso, lo visto hasta ahora sirve para ejemplificar el modo en que los escritores desarrollaron su propia guerra de pluma, como la denomina *El Conciso*, el 16 de enero de 1814, al destacar el papel de los intelectuales en la derrota de Napoleón. Los redactores del periódico son conscientes del papel protagonista de la propaganda y del que ha jugado en la contienda, y así confiesan su creencia: “Quisiéramos que todos acabaran de persuadirse que la guerra de la pluma es muy eficaz; que ella es la que ha echado por tierra la reputación de Bonaparte”.

Es la misma fe, la misma experiencia, el mismo temor que a Joachim Murat le hizo incluir la cuestión en la “Ordre du jour” que publicó la tarde del 2 de mayo de 1808 en las paredes de Madrid, tras sofocar el levantamiento. En su artículo VII se lee: “Les auteurs, distributeurs, ou vendeurs de libelles imprimés ou manuscrits provoquant à la sédition, seront regardés comme agents de l’Angleterre, et fusillés”.¹⁰

9 Puede consultarse el citado Álvarez Barrientos (2008a).

10 Una descripción vibrante del día, en Mesonero Romanos (1994).



Es decir, tanto al principio como al final de la Guerra se destaca el peso y la importancia de la propaganda, y en uno y otro texto se pone de relieve el papel que juega a la hora de ganar contiendas y ajustar consensos, y al proporcionar la explicación de los hechos, para poner del lado “conveniente” a la opinión pública, y, desde luego, la función y el lugar que en ello tienen los escritores y publicistas, que encontraron un modo de hacerse útiles.

Bibliografía

- Alcalá Galiano, Antonio (1955). *Memorias*. En Jorge Campos (ed.), *Obras escogidas de...*, Madrid: Atlas (BAE 83).
- Álvarez Barrientos, Joaquín (2008a). “Literatura y escritores durante la Guerra de la Independencia”. En Luis Miguel Enciso Recio (ed.), *La nación recobrada: la España de 1808 y Castilla y León*, Valladolid: Junta de Castilla y León, 205- 215.
- (ed.) (2008b). *La Guerra de la Independencia en la cultura española*. Madrid: Siglo XXI.
- (2009a). “1808- 1814. Escritores en guerra. El concurso nacional por los Sitios de Zaragoza”, en Emilio de Diego y José Luis Martínez Sanz (eds.), *El comienzo de la Guerra de la Independencia*. Madrid: Actas, 589- 626.
- (2009b). “El intelectual en el cambio de siglo. Manuel José Quintana: monumento de sí mismo”, en Fernando Durán López, Alberto Romero Ferrer y Marieta Cantos Casenave (eds.), *La patria poética. Estudios sobre literatura y política en la obra de Manuel José Quintana*. Madrid: Iberoamericana, 331-366.
- (2012). “1812. Isidoro de Antillón retrata a Jovellanos: moral y liberalismo para ciudadanos de bien”. En *Jovellanos, 1811-2011*. Oviedo: Universidad (en prensa).
- Antillón, Isidoro, (1810). *Cuatro verdades útiles a la nación*. Palma: Miguel Domingo.
- (1811). “Carta de un aragonés residente en Mallorca a su amigo D. M[anuel] J[osé] Q[uintana], establecido en Cádiz, sobre la necesidad de asegurar con leyes eficaces la libertad del ciudadano contra los atropellamientos de la fuerza armada”. *Suplemento a la Gaceta de Aragón*, 3 de abril.
- (1994). *Noticias históricas de don Gaspar Melchor de Jovellanos*, intr. León Esteban. Valencia: Universidad.
- Diego, Emilio de (2007). “La verdad construida: la propaganda en la Guerra de la Independencia”. En Antonio Moliner (ed.), *La Guerra de la Independencia (1808-1814)*. Barcelona: Nabra ediciones, 209- 254.
- Kapferer, Jean- Noël (1987). *Rumeurs: les plus Vieux média du monde*. Paris: Seuil.
- Kovacsics, Adan (2007). *Guerra y lenguaje*. Barcelona: Acantilado.
- Mesonero Romanos, Ramón de (1994). *Memorias de un setentón*, eds. José Escobar y Joaquín Álvarez Barrientos. Madrid: Castalia.



- Pérez, Rafael (2008). *Madrid en 1808. El relato de un actor*, ed. Joaquín Álvarez Barrientos. Madrid: Ayuntamiento.
- Pizarroso Quintero, Alejandro (1990). *Historia de la propaganda*. Madrid: Eudema.
- Quintana, Manuel José (1898). "La Junta Suprema del reino a la nación española", *Obras completas del Exmo. Sr. D...III*. Madrid: F. González Rojas.
- Reumaux, Françoise (1998). *Le rumeur. Message et transmisión*. Paris: Armand Colin.
- Rouquette, Michel- Louis (1975). *Les rumeurs*. Paris: PUF.

Datos del autor

Joaquín Álvarez Barrientos, doctor en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid, es Investigador Científico del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Fue miembro de la Comisión del Área de Humanidades y Ciencias Sociales del CSIC y en la actualidad es Vicedirector del Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del CSIC. Centra su labor de investigación en asuntos relacionados con la literatura y la historia cultural de los siglos XVIII y XIX, así como en la cultura popular. Ha impartido docencia en universidades españolas y extranjeras y ha participado, como comisario o en consejos científicos, en varias exposiciones.

Vicepresidente de la Sociedad Española de Estudios del siglo XVIII, pertenece a distintas organizaciones dedicadas al conocimiento de la Edad Moderna. En 2009 se le concedió el "Premio Leandro Fernández de Moratín" para estudios teatrales de la Asociación de Directores de Escena de España. Es autor o coeditor, entre otras publicaciones, de *La novela del siglo XVIII* (1991); *Costumbrismo andaluz* (1998); *Sistema de adornos del Palacio Real de Madrid* (2002); *Se hicieron literatos para ser políticos* (2004), *Ilustración y Neoclasicismo en las letras españolas* (2005), *Los hombres de letras en la España del siglo XVIII* (2006); *Teatro y música en España: los géneros breves en la segunda mitad del siglo XVIII* (2008); *La guerra de la Independencia en la cultura española* (2008), *Miguel de Cervantes, 'monumento nacional'* (2009), *Memoria de Hispanismo. Miradas sobre la cultura española* (2011), *Larra y su mundo. La misión de un escritor moderno* (2011), *Imposturas literarias. Algunos casos españoles* (2011) y ha editado obras de autores como José Marchena, Patricio de la Escosura, Isla, Moratín, Larra, Emilio Cotarelo y Mesonero Romanos.